

ESCENA V

OCTAVIO.—ISOLANI

ISOLANI.—Aquí estoy. ¿Ha de venir alguien más de los nuestros?

OCTAVIO (*con misterio*).—Antes, una palabra, conde Isolani.

ISOLANI (*también con misterio*).—¿Se da el golpe? ¿Está decidido el príncipe? Fiad en mí. Ponedme á prueba.

OCTAVIO.—Podría ser.

ISOLANI.—Camarada, no soy de los que hablan mucho, y luego se escurren llegado el momento. El duque se portó conmigo como bueno. Dios lo sabe; se lo debo todo. Puede contar con mi fidelidad.

OCTAVIO.—Esto hemos de ver.

ISOLANI.—Pero, estad sobre aviso, porque no todos piensan como yo. Muchos hay que son todavía partidarios de la corte y que opinan ser nulas y de ningún valor las firmas arrancadas por sorpresa poco há.

OCTAVIO.—Decidme sus nombres.

ISOLANI.—¡Por vida! Todos los alemanes son de ese parecer... También Sterhazy, Kaunitz, Deodati, declaran ahora que es fuerza obedecer á la corte.

OCTAVIO.—Me alegro.

ISOLANI.—¡Cómo que os alegráis!

OCTAVIO.—Sí; me place ver que el Emperador cuenta con tan buenos amigos y bravos servidores.

ISOLANI.—No os chanceéis, amigo, que no es gente para poco.

OCTAVIO.—Cierto que no. Dios me libre de tomarlo á chanza. Me place sinceramente ver tan fuerte la buena causa.

ISOLANI.—¡Diablo!... ¿Qué significa esto?... ¿No sois vos?... Entonces, ¿á qué he venido yo?

OCTAVIO.—Á declarar lisa y francamente si queréis ser amigo ó enemigo del Emperador.

ISOLANI (*con altivez*).—Contestaré á quien tenga derecho á preguntármelo.

OCTAVIO.—Este papel os dirá si tengo ese derecho.

ISOLANI.—¡Cómo!... ¡el sello y la firma del Emperador! (*Leyendo*.) «Todos los jefes de nuestro ejército obedecerán á las órdenes de nuestro fiel y muy amado teniente general Octavio Piccolomini, como á nuestra propia persona.» ¡Ah!... realmente... Sí... señor general, os felicito.

OCTAVIO.—¿Os sometéis á esa orden?

ISOLANI.—¿Yo?... ¡Así tan de sorpresa! Supongo que me acordaréis algún tiempo para reflexionar.

OCTAVIO.—Dos minutos.

ISOLANI.—¡Por Dios!... me parece que el asunto es...

OCTAVIO.—Muy claro y sencillo. Se trata de saber si queréis hacerle traición á vuestro soberano, ó servirle fielmente.

ISOLANI.—¿Hacerle traición?... ¿Quién habló de hacerle traición?

OCTAVIO.—He aquí los hechos: El príncipe es un traidor, y quiere pasarse con su ejército al enemigo. Hablad, pues, llanamente y sin demora. ¿Sois perjuro? ¿queréis venderos al enemigo?... Decid.

ISOLANI.—¡Qué ocurrencia!... Faltar yo á mi juramento al Emperador!... ¿He dicho esto? ¿Cuándo he dicho esto?

OCTAVIO.—Nada habéis dicho todavía, es verdad. Aguardo lo que digáis.

ISOLANI.—Observad una cosa que me complace. Vos mismo sois testigo de que no he dicho nada que se le parezca.

OCTAVIO.—Quedamos, pues, en que os separáis del príncipe.

ISOLANI.—¡ Si urdió una traición!... La traición rompe todo lazo.

OCTAVIO.—¿ Estáis resuelto á combatir contra él?

ISOLANI.—Se portó conmigo muy generosamente; pero si es traidor, castíguele el cielo. Queda saldada nuestra cuenta.

OCTAVIO.—Celebro que os resignéis sin oposición. Esta misma noche saldréis de aquí al frente de las tropas ligeras... como si la orden partiera del duque. El punto de reunión es Frauenberg; allí recibiréis de Gallas nuevas instrucciones.

ISOLANI.—Está bien. Acordáos de recomendarme al Emperador. Deseo que le conste que me hallasteis bien dispuesto.

OCTAVIO.—Elogiaré vuestra conducta. (*Vase Isolani. Sale un criado.*) ¡ El coronel Buttler! Bien.

ISOLANI (*volviendo*).—Excusad, mi viejo camarada, mis modales. ¡ Dios! ¡ Quién podía figurarse que se las había con tan gran personaje!

OCTAVIO.—Bien, bien.

ISOLANI.—Soy, aunque viejo, algo alegre de cascos. Si con el calor del vino se me escapó alguna frasecilla contra la corte, conste que fué sin mala intención.

(*Vase.*)

OCTAVIO.—Cuanto á eso, tranquilizáos. Todo pasó... ¡ Ojalá tenga tan buena mano con el otro!

ESCENA VI

OCTAVIO PICCOLOMINI, BUTTLER

BUTTLER.—A la orden, general.

OCTAVIO.—Bien venido, mi digno camarada y excelente amigo.

BUTTLER.—Mucho me honráis.

OCTAVIO (*después de haberse sentado ambos*).—Ayer no respondisteis á algunas insinuaciones mías, considerando sin duda vana fórmula de cumplido. Mi deseo era, sin embargo, muy serio y partía del corazón, porque estamos en unos tiempos en que los buenos deben unirse estrechamente.

BUTTLER.—Sí, pero sólo cabe alianza entre los que son de un mismo parecer.

OCTAVIO.—Siempre fueron de un mismo parecer los buenos. Para juzgar á los hombres sólo atiendo á los actos que realizan libremente á impulsos de su propio carácter; con frecuencia arrastran á los mejores fuera del buen camino la violencia y la preocupación... Pasasteis por Frauenberg... ¿ nada os confió el conde Gallas? Hablad claro; es mi amigo.

BUTTLER.—Sólo me insinuó algo.

OCTAVIO.—Lo siento; sus consejos hubieran sido muy buenos, y me veo obligado á darlos.

BUTTLER.—Excusad tal molestia, y á mí el embarazo de mostrarme indigno de la opinión que os merezco.

OCTAVIO.—Los momentos son preciosos. Hablemos francamente. Ya sabéis á qué punto han llegado las cosas. El duque proyecta una traición; más puedo decir: la ha ejecutado ya. Hace algunas horas firmó el tratado de alianza con los enemigos y salieron correos de gabinete para Egra y Praga. Mañana quieren llevarnos al campamento enemigo. Pero el duque se engaña, porque la prudencia vela por el Emperador, y éste cuenta aún con amigos fieles que forman una liga poderosa, aunque ignorada. Semejante acto condena al duque á la proscripción, exime á las tropas de la obediencia y agrupa á mis órdenes á todos los hombres de buena voluntad. Ahora, elegid: ¿ queréis defender á nuestro lado la buena causa, ó compartir con él la suerte de los malvados?

BUTTLER.—Su suerte será la mía.

OCTAVIO.—¿ Esta resolución es irrevocable ?

BUTTLER.—Sí.

OCTAVIO.—Meditadlo, coronel; todavía es tiempo. La frase que habéis pronunciado con harta precipitación, queda sepultada en mi pecho. Recogedla, si queréis; elegid mejor partido, porque ese no es bueno.

BUTTLER.—¿ Tenéis algo más que mandarme ?

OCTAVIO.—¡ Pensad en vuestras canas !... ¡ Retroceded !

BUTTLER.—Quedad con Dios.

OCTAVIO.—¿ Con que vais á desenvainar vuestra leal espada ? ¿ Trocaréis por la maldición la gratitud del Austria por vuestros cuarenta años de fidelidad ?

BUTTLER (*con amarga sonrisa*).—¿ La gratitud del Austria !

(*Hace que se va. Octavio le deja llegar hasta la puerta y luego le llama.*)

OCTAVIO.—¡ Buttler !

BUTTLER.—¿ Qué queréis ?

OCTAVIO.—¿ Me diréis qué pasó con lo del condado ?

BUTTLER.—¿ Con el condado ?... ¿ Qué ?

OCTAVIO.—Sí, me refiero al título de conde que vos...

BUTTLER (*colérico*).—¡ Ah !... ¡ Mil rayos !

OCTAVIO (*friamente*).—Parece que lo solicitasteis y os lo negaron.

BUTTLER.—No me insultaréis impunemente. ¡ En guardia !

OCTAVIO.—Envainad vuestra espada, y contadme tranquilamente cómo fué. No he de rehusaros después una satisfacción.

BUTTLER.—Sea. Sepa el mundo mi flaqueza, que no me perdono. Sí, general; yo soy ambicioso, y en mi vida he podido soportar el desprecio. Me lastima en el alma que en el ejército merezcan mayor considera-

ción el abolengo y los títulos que el mérito personal, y no paso de ningún modo por que se me trate peor que á mis iguales. En mal hora cedi á la tentación. ¡ Era una locura, lo sé, mas no merecía expiarla tan duramente. Bastaba una negativa. ¿ Por qué hacerla más cruel con el insulto y el desprecio ? ¿ por qué pisotear con amargas burlas á un pobre viejo, á un fiel servidor ? ¿ por qué recordarle tan duramente su baja cuna ? Porque tuvo la flaqueza de olvidarla un instante... Pero la naturaleza armò con venenoso dardo al reptil para vengarse del que le aplasta orgulloso.

OCTAVIO.—Seguramente os calumniaron. ¿ Adivináis quién pudo haceros tan flaco servicio ?

BUTTLER.—¿ Qué me importa ? Algún miserable cortesano, algún español linajudo que temió, envidioso, verse ofuscado por mis servicios.

OCTAVIO.—Decidme, ¿ aprobaba el duque ese paso ?

BUTTLER.—Él mismo me indujo á él, é intervino sólicito en mi favor con noble y ardoroso celo.

OCTAVIO.—¿ De veras ? ¿ Estáis seguro de ello ?

BUTTLER.—Yo mismo leí la carta.

OCTAVIO.—También yo, pero era de muy distinta naturaleza. (*Buttler se sorprende.*) El acaso la puso en mis manos; podéis enteraros de ella con vuestros propios ojos. (*Le da la carta.*)

BUTTLER.—¿ Qué es esto ?

OCTAVIO.—Mucho temo, coronel, que se burlaron vergonzosamente de vos. Decís que el duque os movió á presentar vuestra instancia... y en esta carta habla de vos con desdén y aconseja al ministro que castigue vuestra imprudencia, como él la llama. (*Á Buttler, después de haber leído la carta, le flaquean las piernas, y se sienta en una silla.*) Conste, pues, que nadie os quiere mal, ni os persigue otro enemigo que el mismo duque. De él partió la ofensa, y harto se ve su designio: quiso separaros de vuestro emperador y obtener del rencor

lo que nunca consiguiera de vuestra lealtad acrisolada, con ánimo tranquilo. Os convertía en ciego instrumento de sus culpables maquinaciones; por desgracia hartó lo alcanzó.

BUTTLER (*con voz temblona*). — ¿El Emperador me perdona?

OCTAVIO.—Hace más: repara la injusta afrenta inferida á un digno soldado, y confirma el favor que con criminal intención os acordaba el príncipe. Vuestro regimiento os pertenece. (*Buttler intenta levantarse, pero cae otra vez desplomado sobre la silla; su agitación le impide hablar: por fin toma la espada y la entrega á Piccolomini.*) ¿Qué hacéis?... Serenaos.

BUTTLER.—Tomad.

OCTAVIO.—¿Por qué?... Serenaos repito.

BUTTLER.—Tomad esta espada; ya no soy digno de ceñirla.

OCTAVIO.—Recibidla de nuevo de mi mano, y servíos de ella para defender la buena causa.

BUTTLER.—Hice traición al Emperador, tan bueno y generoso para mí.

OCTAVIO.—Reparad vuestra falta; separaos del due-
que.

BUTTLER.—¡Separarme de él!

OCTAVIO.—¡Cómo!... ¿En qué estáis pensando?

BUTTLER (*con acento terrible*). — ¡Sólo separarme de él!... Morirá.

OCTAVIO.—Seguidme á Frauenberg, donde todos los súbditos fieles se reúnen con Gallas y Altringer. Á muchos otros traje de nuevo á su deber, y esta noche salen de Pilsen.

BUTTLER (*hondamente conmovido, se adelanta hacia Octavio mirándole de hito en hito*).—Conde Piccolomini, el hombre que ha violado su fe, ¿puede hablaros de honor?

OCTAVIO.—Puede, si se arrepiente con alma entera.

BUTTLER.—Pues bien; dejadme aquí, bajo mi palabra de honor.

OCTAVIO.—¿Qué estáis tramando?

BUTTLER.—Dejadme aquí con mi regimiento.

OCTAVIO.—Fío en vos; pero decidme qué os proponéis.

BUTTLER.—Los hechos lo dirán. Por de pronto, no queráis saber más. Bien podéis fiar en mí. ¡Mil rayos! No lo confiáis precisamente á su ángel bueno. Adiós.

(*Vase.*)

UN CRIADO (*trayendo un billete*).—Un desconocido traje este billete y ha desaparecido. Los caballos del príncipe aguardan á la puerta.

(*Vase.*)

OCTAVIO.—«Procurad salir cuanto antes. Vuestro fiel Isolani.» ¡Ah, qué ganas tengo de dejar esta ciudad! Naufragar á la vista del puerto! Partamos, partamos. Aquí no estoy ya seguro. ¿Pero, dónde está mi hijo?

ESCENA VII

LOS DOS PICCOLOMINI.—Max, vivamente agitado, ceñudo, extraviados los ojos, con paso inseguro, al parecer sin ver á su padre, que le contempla de lejos compasivo. Se adelanta á grandes pasos, se detiene de nuevo, y luégo se echa sobre una silla, fija é inmóvil la mirada.

OCTAVIO (*acercándose á él*).—Hijo mío... yo parto. (*Su hijo no contesta. Le toma la mano.*) Hijo mío, adiós.

MAX.—¡Adiós!

OCTAVIO.—Pronto me seguirás.

MAX.—¡Seguiros yo!... Vuestro camino es tortuoso, y no es el mío. (*Octavio retira la mano y retrocede.*) ¡Oh! A ser vos más leal y sincero, las cosas no hubieran llegado á este punto, y serían muy otras. No hubiera tomado él su terrible decisión; los buenos conservaran todavía su imperio, y no hubiese caído en las redes

de los malos. ¿Por qué os deslizasteis secretamente y con astucia detrás de él para espiarle, á guisa de ladrón ó malhechor? ¡Fatal falsedad, madre de todos los males! tú nos arrojas á la desolación, tú nos pierdes, cuando la noble verdad, protectora de los hombres, nos hubiera salvado. Ah padre mío!... no puedo disculparos... no puedo. El duque me engañó cruelmente, muy cierto, pero vos no obrasteis algo mejor que él.

OCTAVIO.—¡Hijo mío! perdono á tu aflicción estas palabras.

MAX (*levantándose y contemplándole con expresión de sospecha*).—¿Será posible, padre mío? Obrasteis acaso con deliberado designio? Porque la verdad es que sobre su caída se funda vuestra elevación. ¡Qué pena me causa esto!

OCTAVIO.—¡Dios del cielo!

MAX.—¡Ay de mí! ¡Cómo se trueca la naturaleza á mis ojos y se hincan la sospecha en mi alma, tan feliz hasta hoy! Confianza, esperanza, fe... ¡todo se ha perdido, puesto que todo me engañó!... Pero no... no todo. Ella vive aún, ¡ella, todo verdad y pureza como el cielo! En todas partes reina la traición y la hipocresía, el asesinato, el veneno, el perjurio y la falsedad; nuestro amor es el único sentimiento puro, el único santuario no profanado todavía.

OCTAVIO.—Sígueme, Max... es lo mejor.

MAX.—¡Qué! ¿sin darle el último adiós?... Jamás.

OCTAVIO.—Excusa el dolor de una separación necesaria. Ven conmigo, hijo mío. (*Quiere llevarselo.*)

MAX.—No quiero, como hay Dios.

OCTAVIO (*insistiendo*).—Vente; tu padre te lo manda.

MAX.—Mandadme lo que sea humanamente posible. Yo me quedo.

OCTAVIO.—Sígueme; en nombre del Emperador.

MAX.—El Emperador no manda en mi corazón.

¿Queréis arrebatarme el único consuelo que me resta: su compasión? ¿He de cumplir cruelmente una resolución ya cruel de suyo? ¿He de esconderme de ella, como si me fugara como un cobarde? Ah no! Quiero que vea mi dolor y sienta mis sollozos y vierta lágrimas por mí. Los hombres son crueles, pero ella es un ángel, y me salvará de la desesperación y verterá el bálsamo de sus consuelos sobre mis mortales heridas.

OCTAVIO.—Mira que no podrás separarte de ella; salva tu virtud.

MAX.—Cesad de hablarme en vano. Obedezco á la voz de mi corazón, la única que me inspira confianza.

OCTAVIO (*temblando y fuera de sí*).—¡Max! ¡Max! Si ha de herirme tan cruento dolor... si tú, mi propio hijo... mi sangre... no quiero pensarlo... si fueras tú capaz de semejante ignominia, é infligieras tamaña afrenta al honor de mi casa, el mundo vería con espanto y en horrído combate gotear la sangre del padre en la espada del hijo.

MAX.—Otra fuera vuestra conducta, á tener mejor opinión de los hombres. ¡Malditas sospechas! ¡Deplorable duda! Todo vacila, todo se hunde cuando cesa la confianza.

OCTAVIO.—Y si confío en ti ¿te será posible siempre seguir tus inspiraciones?

MAX.—Cuando vos no habéis podido sofocar mis impulsos, no ha de poderlo el duque.

OCTAVIO.—¡Oh, Max, ya no te volveré á ver jamás!

MAX.—Jamás indigno de vos.

OCTAVIO.—Yo salgo inmediatamente en dirección á Frauenberg; te dejo para tu defensa los regimientos de Pappenheim, de Lorena, de Toscana y de Tiefenbach, que te aman, y preferirían sucumbir con valor antes que faltar á su jefe y á su juramento.

MAX.—Prometo morir en el combate ó sacarlos de Pilsen.

OCTAVIO.—Adiós, hijo mío!

MAX.—Adiós.

OCTAVIO.—¡Qué!... ni una mirada de afecto, ni un apretón de manos por despedida, cuando marchamos á una guerra cruenta de incierto resultado!... No nos separábamos así otras veces. ¡Entonces, es verdad que he perdido á mi hijo!

(Max se arroja en sus brazos, y ambos permanecen largo tiempo abrazados en silencio. Luégo se va cada cual por diferente lado.)



ACTO III

ESCENA PRIMERA

Habitación de la duquesa de Friedland

LA CONDESA TERZKY.—TECLA.—LA SEÑORITA DE NEUBRUNN; las dos últimas trabajando en la labor

LA CONDESA

NADA tienes que preguntarme, sobrina?... nada absolutamente? Mucho há que aguardo una pregunta... ¿Cómo puedes pasarte tantas horas sin pronunciar su nombre una sola vez? Sin duda te parece ya superfluo mi auxilio ó hallasteis otro medio de comunicaros... Confésalo: ¿le has visto?

TECLA.—Ni ayer, ni hoy.

LA CONDESA.—¿Sabes algo de él? Nada me ocultes.

TECLA.—Ni una palabra.

LA CONDESA.—¡Y sigues tan tranquila!

TECLA.—Tan tranquila.

LA CONDESA (á la Neubrunn).—Dejadnos solas.

(Vase la Neubrunn.)